

LUIS QUESADA:

Cuando chica, entrar a tu taller de la calle Brown era entrar a otro mundo. Cada vez que íbamos, mi mamá me decía- como toda madre- que no tocara nada. Y vos me decías: tocá lo que quieras, Julietita, mirá el tacho de pegamento que hay, si se rompe algo, yo lo arreglo. Miraba tus maquetas, en esos tablonces que yo veía interminablemente largos, las maravillas que hacías con las maderitas. Tus grabados, ese olor inconfundible que para mí era un perfume. Mirar tus pinturas, tu desorden ordenado, trapos por todos lados para limpiarte las manos. Esas manos que hoy siguen construyendo. Sos un artista imperdible, querido y valorado. Me puso muy feliz escucharte el otro día por teléfono.

Papá, amaba tu obra y siempre remarcaba, además, tu valentía y tu coherencia. Siempre has vivido como pensás. Gracias, Luis, porque no todos tienen el lujo de tener en las memorias de la infancia, un Luis Quesada, altísimo y cálido, que me alzaba al llegar a su taller. Estar en tus brazos era como subir a un segundo piso. Gracias por tu presencia, en ese 1988, tan duro. Gracias por tu presencia- y la de tantos pintores de mendocinos- y la ayuda concreta y generosa, como todo lo que hacés y das.

